

El caso de Paul

Willa Cather

Traducción de Aurora Echevarría



El caso de Paul fue publicado por primera vez en 1905 dentro del primer libro de cuentos de Willa Cather, *El jardín de los Troll*, que lanzó su carrera. El relato, considerado uno de los mejores de la literatura norteamericana de todos los tiempos, explora las contradicciones de muchos jóvenes con vocación artística que viven en un mundo materialista. Cather se basó en un hecho real que ella vivió cuando enseñaba en Pittsburgh, Pennsylvania: retrata a un joven que vivía para la belleza y pensaba que el dinero podría salvarle del tedio cotidiano.

Paul es visto por su profesora como un bicho raro. Para él, tanto la escuela como su casa son aburridas y deprimentes. La verdadera vida se encuentra en el teatro en el que trabaja. Huirá a Nueva York queriendo disfrutar al máximo, alejándose de la monotonía del día a día.

Era la tarde que Paul tenía que comparecer ante el profesorado del instituto Pittsburgh para dar razón de sus diversas faltas. Lo habían expulsado temporalmente hacía una semana, y su padre se había presentado en el despacho del director y confesado su perplejidad respecto a su hijo. Paul entró sonriente y afable en la sala de profesores. Se le había quedado un poco pequeña la ropa, y el terciopelo marrón del cuello de su abrigo abierto estaba deshilachado y gastado; pero a pesar de todo ello tenía algo de dandi, y llevaba un alfiler de ópalo en su recién anudada corbata negra y un clavel en el ojal. Este último adorno al profesorado le pareció que no era debidamente indicativo del espíritu contrito que correspondía a un chico expulsado.

Paul era alto para su edad y muy delgado, de hombros altos y apretujados, y pecho estrecho. Sus ojos destacaban por cierto brillo histérico, y los utilizaba continuamente de una forma teatral y consciente, particularmente ofensiva en un muchacho. Las pupilas eran anormalmente grandes, como si fuera adicto a la belladona, pero alrededor de ellas había un brillo vítreo que no produce esa droga.

Cuando el director le preguntó por qué estaba allí, Paul explicó, con bastante corrección, que quería volver al colegio. Era mentira, pero Paul estaba muy acostumbrado a mentir; de hecho, le parecía indispensable para salvar las desavenencias. Se pidió a sus profesores que enunciaran sus respectivos cargos contra él, lo que hicieron con tanto rencor y encono que revelaban que no se trataba de un caso corriente. Entre las ofensas mencionadas se contaban el

desorden y la impertinencia, pero todos sus profesores coincidieron en que era prácticamente imposible poner en palabras la causa real del problema, que radicaba en la actitud históricamente desafiante del chico; en el desprecio que todos sabían que sentía por ellos y que al parecer no hacía ningún esfuerzo por ocultar. En una ocasión en que había estado haciendo la sinopsis de un párrafo en la pizarra, su profesora de lengua se había puesto a su lado y tratado de guiarle la mano. Paul se había echado atrás con un escalofrío llevándose las manos violentamente a la espalda. La perpleja mujer difícilmente se habría sentido más dolida y avergonzada si la hubiera golpeado. El insulto era tan involuntario y claramente personal como para ser inolvidable. De un modo u otro había hecho conscientes a todos sus profesores, tanto hombres como mujeres, de esa sensación de aversión física. En una clase permanecía sentado tapándose los ojos con una mano; en otra siempre miraba por la ventana durante el recitado de la lección; en otra hacía un reportaje en directo de la clase con intención humorística.

Sus profesores creyeron esa tarde que toda su actitud quedaba simbolizada en su forma de encogerse de hombros y en el clavel impertinente rojo, y se abalanzaron sobre él sin piedad, con la profesora de lengua encabezando la jauría. Él aguantó sonriendo, los pálidos labios separados sobre la dentadura blanca. (Torcía continuamente los labios, y tenía la costumbre de arquear las cejas, lo cual era irritante y despectivo en sumo grado). Chicos mayores que Paul se habrían derrumbado y vertido lágrimas bajo ese bautismo de fuego, pero a él no le abandonó ni una sola vez su sonrisa fija, y las únicas muestras de su incomodidad fueron el nervioso temblor de sus dedos al jugar con los botones del abrigo y de vez en cuando una sacudida de la otra mano con que sostenía el sombrero. Paul siempre sonreía, siempre miraba en derredor, dando la impresión de creer que podían estar vigilándolo y tratando de detectar algo. Esa expresión consciente, como no podía

distar más de la alegría infantil, solía atribuirse a su insolencia o «viveza».

En el transcurso de la investigación, una de las profesoras repitió un comentario impertinente del chico, y el director le preguntó si le parecía que era cortés hablar de ese modo a una mujer. Paul se encogió ligeramente de hombros e hizo un tic con las cejas.

—No lo sé —replicó—. No era mi intención ser educado o maleducado. Supongo que es mi manera de decir las cosas, pase lo que pase.

El director, que era un hombre comprensivo, le preguntó si no creía que había una manera de deshacerse de ella. Paul sonrió y dijo que suponía que sí. Cuando se le dijo que podía marcharse, hizo una graciosa reverencia y salió. Su reverencia no fue sino una réplica del escandaloso clavel rojo.

Sus profesores estaban desesperados, y el profesor de dibujo expresó la opinión de todos al decir que había algo en el chico que ninguno de ellos comprendía. Añadió:

—No creo realmente que esa sonrisa suya venga solo de la insolencia; hay en ella algo como atormentado. Para empezar, ese chico no es fuerte. Me he enterado por casualidad de que nació en Colorado solo unos meses antes de que su madre muriera de una larga enfermedad. Algo no anda bien en ese chico.

El profesor de dibujo había notado que, al mirar a Paul, solo veías sus dientes blancos y la forzada animación de sus ojos. Una tarde calurosa en que el chico se había quedado dormido ante su tabla de dibujo, el profesor se había fijado estupefacto en lo blanca que era su cara, llena de venitas azules: cansada y arrugada como la de un viejo alrededor de los ojos, con los labios torciéndose en un tic hasta en sueños, y rígidos de una tensión nerviosa que los retiraba de los dientes.

Sus profesores abandonaron el edificio insatisfechos y tristes: humillados por haberse sentido tan resentidos hacia

un chico, por haber expresado ese sentimiento en términos hirientes, y haberse instigado mutuamente, por así decirlo, en el incongruente juego del reproche desafortunado. Algunos de ellos recordaban haber visto un triste gato callejero acorralado por un grupo de atormentadores.

Por lo que se refiere a Paul, bajó corriendo la colina silbando el «Coro de los Soldados» de *Fausto*, mirando atrás frenético por si veía a alguno de sus profesores furioso ante su despreocupación. Como era avanzada la tarde y esa noche Paul trabajaba como acomodador en el Carnegie Hall, decidió subir al museo de pintura —siempre desierto a esa hora—, donde había varios estudios alegres de Raffaelli de calles de París y un par de escenas venecianas azul etéreo que siempre lo estimulaban. Se quedó encantado al no encontrar en el museo a nadie aparte del viejo guarda, sentado en una esquina con un periódico en las rodillas, un parche negro en un ojo y el otro cerrado. Paul se hizo dueño del lugar y lo recorrió de un extremo a otro confiado, silbando débilmente. Al cabo de un rato se sentó ante un Rico azul y se quedó ensimismado. Cuando se acordó de mirar el reloj eran las siete pasadas, se levantó de un salto y bajó corriendo las escaleras, haciendo una mueca a Augusto, que lo miraba desde la sala Este, y un mal gesto a la Venus de Milo al pasar por delante de ella.

Cuando Paul llegó al vestuario de los acomodadores ya había allí media docena de chicos, y empezó a meterse en su uniforme, excitado. Era uno de los pocos que se aproximaban a su talla, y le parecía favorecedor, aunque sabía que la chaqueta recta y ajustada le acentuaba el pecho estrecho, del que era excesivamente consciente. Siempre se excitaba considerablemente al cambiarse, vibrando todo su ser con el afinamiento de los instrumentos de cuerda y la fanfarria preliminar de los vientos en la sala de música; pero esa noche parecía fuera de sí, y fastidió y atormentó a los chicos hasta que, diciéndole que estaba loco, lo tumbaron en el suelo y se sentaron sobre él.

Algo aplacado por su expulsión, Paul salió corriendo a la parte delantera de la sala para buscar asiento a los primeros en llegar. Era un acomodador modélico; cortés y sonriente, recorría de un lado para otro los pasillos; nada era demasiada molestia para él; llevaba mensajes y traía programas como si fuera el mayor placer de su vida, y toda la gente de su sección lo consideraba un chico encantador, y tenía la impresión de que se acordaba de ellos y los admiraba. A medida que se llenaba la sala, él se volvía más vivaz y animado, y acudía el color a sus mejillas y labios. Era como si se tratara de una gran recepción y Paul fuera el anfitrión. En el preciso momento en que los músicos salieron para ocupar sus puestos, llegó su profesora de lengua con pases para los asientos que había reservado para la temporada un prominente industrial. La mujer dio muestras de incomodidad cuando entregó a Paul las entradas, y de una altivez que le hizo sentir muy tonta después. Paul se quedó desconcertado por un instante y le entraron ganas de echarla; ¿qué tenía que hacer ella allí entre esa gente elegante y colores alegres? Le echó un vistazo y decidió que no iba arreglada como era debido, y debía de ser estúpida para sentarse allá abajo vestida de ese modo. Seguramente le habían enviado las entradas como favor, pensó mientras localizaba un asiento para ella, y tenía tanto derecho como él a sentarse allí.

Cuando empezó la sinfonía, Paul se sentó en uno de los asientos traseros con un suspiro de alivio y se quedó ensimismado, como había hecho ante el Rico. No es que las sinfonías, de por sí, significaran algo en particular para él, pero solo la vista de los instrumentos parecía liberar de su interior cierto espíritu potente e hilarante: algo que luchaba allí dentro, como el genio de la botella que encontró el pescador árabe. Le entraron unas repentinas ganas de vivir; las luces danzaron ante sus ojos y la sala de conciertos se iluminó en un inimaginable resplandor. Cuando la solista soprano salió al escenario, Paul olvidó hasta la desagrada-

ble presencia de su profesora y se entregó al peculiar estímulo que siempre ejercían en él tales personajes. Quiso el azar que la solista fuera una alemana que distaba de estar en su primera juventud y era madre de muchos hijos; pero llevaba un traje muy elaborado y una tiara, y, por encima de todo, exhibía ese aire indefinible del éxito, esa aureola que, a los ojos de Paul, la convertía en una verdadera reina del Amor.

Al terminar un concierto, Paul siempre se sentía irritable y desgraciado hasta que se dormía, y esa noche se sentía aún más inquieto que de costumbre. No se veía con fuerzas de desinflarse, de renunciar a esa deliciosa emoción que era lo único que podía llamarse vivir. Se retiró durante el último número y, tras cambiarse rápidamente en el vestuario, salió a hurtadillas por la puerta lateral, donde aguardaba el carruaje de la soprano. Allí empezó a pasearse de acá para allá, esperando a que ella saliera.

A lo lejos, el Schenley, en su vacía extensión, se erigía alto y cuadrado a través de la fina lluvia, las ventanas de sus doce pisos iluminadas como las de una casa de cartón bajo un árbol de Navidad. En él se alojaban todos los actores y cantantes de renombre cuando se encontraban en la ciudad, y varios de los grandes fabricantes de la región vivían allí en invierno. Paul había haraganeado a menudo alrededor del hotel, observando a la gente entrar y salir, deseando entrar en él y dejar atrás para siempre a los profesores y las aburridas responsabilidades.

Por fin salió la cantante acompañada por el director, que la ayudó a subir a su carruaje y cerró la portezuela con un cordial *Auf Wiedersehen* que dejó a Paul preguntándose si no era un viejo amor de él. Paul siguió el carruaje hasta el hotel, andando lo bastante deprisa para no estar lejos de la entrada cuando la cantante se apeó y desapareció tras las puertas batientes de cristal que abrió un negro con sombrero de copa y un abrigo largo. En el instante en que la puerta se entreabrió, Paul tuvo la sensación de entrar tam-

bién. Le pareció que subía los escalones detrás de ella y entraba en el acogedor e iluminado edificio, en un mundo exótico y tropical de superficies brillantes y refulgentes, y de placentero reposo. Visualizó las misteriosas fuentes que llevaban al comedor, las botellas verdes dentro de cubiteras, como en las fotos de cenas que había visto en el suplemento del *Sunday World*. Una ráfaga de viento hizo que la lluvia cayera con repentina vehemencia y Paul se sobresaltó al darse cuenta de que seguía fuera, sobre la nieve medio derretida del camino de gravilla; que se le colaba agua por las botas y su exiguo abrigo le colgaba empapado; que las luces de la fachada de la sala de conciertos estaban apagadas, y la lluvia caía en cortina entre él y el resplandor naranja de las ventanas, más arriba. Allí estaba lo que él quería, tangible ante él, como el mundo de hadas de una revista musical de Navidad, pero unos espíritus burlones montaban guardia en las puertas y, mientras la lluvia le azotaba la cara, se preguntó si estaba destinado a quedarse siempre fuera tiritando en la negra noche, mirando hacia arriba.

Dio media vuelta y echó a andar de mala gana hacia las vías del tranvía. Alguna vez tenía que llegar el final; su padre con ropa de dormir en lo alto de las escaleras, explicaciones que no explicaban, mentiras improvisadas apresuradamente que siempre le pillaban, su habitación del piso de arriba con el horrible empapelado amarillo, el escritorio que crujía con el grasiento joyero de felpa, y, encima de su cama de madera pintada, los retratos de George Washington y Juan Calvino, y el lema enmarcado «Dad de comer a mis ovejas» que su madre había bordado en estambre rojo.

Media hora más tarde Paul se apeaba de su tranvía y echaba a andar despacio por una de las calles laterales que salían de la vía principal. Era una calle muy respetable, donde todas las casas eran idénticas, y donde hombres de negocios de medios moderados engendraban y criaban grandes familias de niños que iban a la escuela dominical, donde aprendían el catecismo abreviado, y se interesaban por

la aritmética; todos eran tan idénticos como sus casas, y estaban conformes con la monotonía de sus vidas. Paul nunca subía Cordelia Street sin un escalofrío de repugnancia. Su casa estaba al lado de la del pastor de la iglesia de Cumberland. Esta noche se acercó a ella con la falta de energía propia de la derrota, la desesperada sensación de hundirse de nuevo y para siempre en la fealdad y vulgaridad que experimentaba al volver a su casa. En cuanto se adentraba en Cordelia Street, sentía cómo las aguas se cerraban sobre su cabeza. Después de cada una de esas orgías de vida, experimentaba toda la depresión física que sigue a una bacanal: la aversión a las camas respetables, a la comida vulgar, a una casa impregnada de los olores de la cocina; una escalofriante repugnancia hacia el incoloro e insípido conjunto de la existencia cotidiana; un deseo malsano por cosas fabulosas, luces tenues y flores frescas.

Cuanto más cerca estaba de su casa, más incapaz se sentía de enfrentarse a ese espectáculo: su feo dormitorio; el frío cuarto de baño con la mugrienta bañera de zinc, el espejo resquebrajado, los grifos goteando; su padre en lo alto de la escalera, las piernas peludas asomándole bajo la camisa de noche, los pies metidos en zapatillas. Llegaba mucho más tarde que de costumbre, de modo que sin duda habría preguntas y reproches. Se paró en seco ante la puerta. No se veía con fuerzas para verse abordado por su padre esa noche, para volver a dar vueltas en esa triste cama. No entraría. Diría a su padre que no había tenido dinero para el tranvía y llovía tanto que se había ido a casa de uno de sus compañeros y pasado allí la noche.

Entretanto estaba empapado y tenía frío. Rodeó la casa hasta la parte de detrás y probó a abrir una de las ventanas del sótano, descubrió que estaba abierta y, levantándola con cuidado, se descolgó por la pared hasta el suelo. Se quedó donde estaba, conteniendo el aliento, aterrizado por el ruido que había hecho, pero el suelo de encima estaba silencioso y no llegaron crujidos de las escaleras. En-

contró una caja de jabón y, acercándola al débil círculo de luz que salía de la puerta de la caldera, se sentó en ella. Le daban un miedo espantoso las ratas, de modo que trató de no quedarse dormido, escudriñando con desconfianza la oscuridad, todavía aterrorizado de que algo hubiera despertado a su padre. Ante tales reacciones, después de una de esas experiencias que transformaban en días y noches los monótonos espacios en blanco del calendario, en que se le embotaban los sentidos, Paul siempre estaba extraordinariamente lúcido. ¿Y si su padre lo hubiera oído entrar por la ventana, y hubiera bajado y disparado tomándolo por un ladrón? O ¿y si su padre hubiera bajado, pistola en mano, y él hubiera gritado a tiempo para salvarse, y su padre se hubiera quedado horrorizado al pensar en lo cerca que había estado de matarlo? O ¿y si llegara el día en que su padre se acordara de esa noche y lamentara que un grito de advertencia hubiera detenido su mano? Con esa última suposición Paul se entretuvo hasta el amanecer.

El domingo siguiente hizo bueno: el frío empapado de noviembre se vio interrumpido por el último destello del verano otoñal. Por la mañana Paul había ido a la iglesia y a la escuela dominical, como de costumbre. Los domingos por la tarde que hacía un tiempo propio de la estación, los ciudadanos de Cordelia Street siempre se sentaban en sus portales y hablaban con sus vecinos del portal de al lado, o llamaban a los del otro lado de la calle de manera amistosa. Los hombres se sentaban en alegres cojines en la escalera que conducía a la acera, mientras que las mujeres, con sus blusas de domingo, se sentaban en mecedoras en sus atestados porches, fingiendo estar totalmente relajadas. Los niños jugaban en la calle: eran tantos que parecía el patio de recreo de una guardería. Los hombres —todos en mangas de camisa, con los chalecos desabrochados— se sentaban en los escalones con las piernas muy abiertas y sacando la tripa, y hablaban de los precios de las cosas, o contaban anécdotas sobre la sagacidad de sus distintos je-

fes y amos. De vez en cuando echaban un vistazo a la multitud de niños peleándose, escuchaban con afecto sus voces gangosas y de pito, sonriendo al reconocer sus propias inclinaciones reproducidas en su progenie, e intercalaban sus leyendas sobre los magnates del hierro y el acero con comentarios sobre los progresos de sus hijos en el colegio, sus notas en aritmética y las cantidades que habían ahorrado en sus huchas.

Ese último domingo de noviembre, Paul se pasó toda la tarde sentado en el escalón más bajo de su portal, mirando la calle, mientras sus hermanas, en sus mecedoras, hablaban con las hijas del pastor de la casa de al lado de cuántas blusas habían hecho la semana pasada, y cuántos barquillos se había comido alguien en la última cena de la iglesia. Cuando hacía calor y su padre estaba de un humor particularmente jovial, las niñas preparaban limonada, que siempre traían en una jarra de cristal rojo ornamentada con no-meolvides de esmalte azul. A ellas les parecía muy elegante, y los vecinos siempre hacían bromas acerca del sospechoso color de la jarra.

Aquel día el padre de Paul estaba sentado en el escalón más alto, hablando con un joven que se pasaba a un bebé inquieto de una rodilla a la otra. Daba la casualidad de que era el joven que le ponían como modelo a diario, y a quien su padre tenía la esperanza de que imitara. Era un joven de tez rubicunda, boca roja y comprimida, y ojos miopes y gastados sobre los que llevaba unas gafas de cristal grueso y patillas doradas. Era secretario de uno de los magnates de una gran compañía de acero, y en Cordelia Street se le consideraba un joven con porvenir. Corría el rumor de que, hacía cinco años —apenas tenía veintiséis ahora—, había estado un tanto disperso, y a fin de contener sus apetitos y evitar la pérdida de tiempo y energía que podría haber supuesto el que anduviera de picos pardos, había seguido el consejo de su jefe, reiterado a menudo a sus empleados, y a los veintiuno se había casado con la primera mujer a la

que había logrado persuadir para compartir su fortuna. Ella resultó ser una angulosa maestra de escuela, mucho mayor que él, que también llevaba gafas de cristal grueso, y quien le había dado cuatro hijos, todos miopes como ella.

El joven explicaba cómo su jefe, en esos momentos en un crucero por el Mediterráneo, se mantenía al corriente de todos los pormenores del negocio, organizando sus horas de oficina en su yate como si nunca se hubiera ausentado, y «despachando suficiente trabajo para mantener ocupados a dos taquígrafos». Su padre le contó, a su vez, que su compañía estaba considerando instalar en El Cairo un tendido eléctrico para el ferrocarril. Paul chasqueó con los dientes; le aterrorizaba que pudieran estropearlo todo antes de que él llegara allí. Sin embargo, le gustaba oír esas leyendas sobre los magnates del hierro y el acero que se contaban y volvían a contar los domingos, días festivos: esas historias de palacios en Venecia, yates en el Mediterráneo y juego en Montecarlo despertaban su fantasía, y se interesaba por los éxitos de esos chicos encargados de ir a por cambio que se habían hecho famosos, aunque la etapa de chico de los cambios no le atraía demasiado.

Después de cenar y de ayudar a secar los platos, Paul preguntó nervioso a su padre si podía ir a casa de George para que le ayudara con la geometría, y aún más nervioso le pidió dinero para el tranvía. Esta última petición la tuvo que repetir, porque a su padre, por principio, le desagradaba oír peticiones de dinero, ya fuera poco o mucho. Preguntó a Paul si no podía ir a casa de algún chico que viviera más cerca, y lo reprendió por dejar los deberes del colegio para el domingo; pero le dio los diez centavos. No era pobre, pero tenía la encomiable ambición de ascender en la vida. La única razón por la que dejaba que Paul trabajara de acomodador era porque creía que el chico debía ganar un poco.

Paul subió dando saltos al piso de arriba, se restregó el grasiento olor del agua de lavar los platos de las manos

con la apesposa pastilla de jabón que tanto detestaba, y dejó caer en sus dedos unas gotas de agua de violetas del frasco que guardaba escondido en su cajón. Salió de la casa con el libro de geometría visiblemente bajo el brazo, y en cuanto salió de Cordelia Street y se subió a un tranvía para el centro, se sacudió el letargo de dos días embrutecedores y empezó a vivir de nuevo.

El joven galán de la compañía de repertorio permanente que actuaba en uno de los teatros del centro era un conocido de Paul, y lo había invitado a pasarse por los ensayos de los domingos por la noche cuando le fuera posible. Durante más de un año Paul había pasado casi cada minuto disponible en el camerino de Charley Edwards. Se había ganado un lugar entre los admiradores del joven actor, no solo porque este, que no podía permitirse contratar a un ayudante de camerino, a menudo le encontraba útil, sino porque reconocía en Paul algo parecido a lo que los clérigos llaman «vocación».

Era en el teatro y en el Carnegie Hall donde Paul vivía de verdad; el resto no era sino sueño y olvido. Este era el cuento de hadas de Paul, y para él tenía todo el encanto de un amor secreto. En cuanto inhalaba el efervescente olor a polvo y pintura de entre bastidores, respiraba como un prisionero recién puesto en libertad, y sentía dentro de él la posibilidad de hacer o decir cosas magníficas, brillantes, poéticas. En cuanto la resquebrajada orquesta tocaba la obertura de *Martha* o se sacudía con la serenata de *Rigoletto*, todas las cosas estúpidas y feas salían de él, y sus sentidos despertaban agradable aunque delicadamente.

Tal vez porque, en su mundo, lo natural casi siempre se presentaba bajo el disfraz de la fealdad, le parecía necesario en la belleza un cierto elemento de artificialidad. Tal vez porque su experiencia de la vida en otra parte estaba tan llena de picnics con la escuela dominical, pequeñas economías, consejos sanos de cómo triunfar en la vida y el ineludible olor a comida, encontraba tan seductora esta existen-

cia, tan atractivos a esos hombres y mujeres elegantemente vestidos, y tan conmovedores esos huertos de manzanos estrellados, siempre en flor bajo los focos.

No es fácil expresar con suficiente fuerza cuán convincentemente el vestíbulo de ese teatro era para Paul el verdadero portal del Romanticismo. Desde luego, jamás lo sospechó ningún miembro de la compañía, y quien menos de todos Charley Edwards. Era muy semejante a las historias que corrían por Londres de judíos fabulosamente ricos que tenían salones subterráneos con palmeras y fuentes, lámparas de luz tenue y mujeres lujosamente ataviadas que nunca veían la decepcionante luz del día londinense. Así, en medio de esa ciudad envuelta en humo, enamorada de los números y del trabajo sucio, Paul tenía su templo secreto, su alfombra de los deseos, su trozo de playa mediterránea azul y blanca bañada en perpetuo sol.

Varios de los profesores de Paul tenían la teoría de que su imaginación se había visto pervertida por la ficción desmedida, pero lo cierto es que él rara vez leía. Los libros que había en su casa no eran de los que tentarían o corromperían una mente joven, y en cuanto a leer las novelas que le recomendaban algunos de sus amigos..., bueno, conseguía lo que quería mucho más deprisa con la música; cualquier clase de música, desde una orquesta hasta un organillo. Solo necesitaba la chispa, la indescriptible emoción que convertía su imaginación en la dueña de sus sentidos, y era capaz de inventar suficientes argumentos e imágenes por sí solo. Era igualmente cierto que no era un entusiasta del teatro, por lo menos no en el sentido corriente del término. Él no quería ser actor, como tampoco quería ser músico. No sentía la necesidad de hacer ninguna de esas cosas: lo que quería era ver, estar en la atmósfera, flotar en sus olas, verse transportado, legua azul tras legua azul, lejos de todo.

Después de pasar una noche entre bastidores, el aula del colegio le parecía a Paul más repulsiva que nunca: los